

Laurence Bergreen

Marco Polo



De Venecia a Xanadú

Edición especial 4.º centenario

Ariel

Laurence Bergreen

Marco Polo

De Venecia a Xanadú

Traducción castellana de
Joan Trujillo

Ariel BIOGRAFÍAS Y MEMORIAS

Título original: *Marco Polo. From Venice to Xanadu*

Primera edición: mayo de 2009
Primera edición en esta presentación: enero de 2024

© Laurence Bergreen, 2007
© Joan Trujillo, por la traducción, 2009

Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial en cualquier formato.
Esta edición se publicó mediante acuerdo con Alfred A. Knopf, un sello de Knopf Doubleday Group, una división de Penguin Random House LLC.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño, 2024
Ilustración de cubierta: © World History Archive/Alamy/ACI

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3730-2
Depósito legal: B. 21.264-2023

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.



1

Los mercaderes de Venecia

*Entonces todo el hechizo
se interrumpe... el bello mundo etéreo
se desvanece, y mil círculos se extienden...*

Se ocultó de sus enemigos entre una seductora multitud de 118 islas. Empapada, oscura, enclaustrada y repleta de gente, creció encaramada sobre las rocas y la arena. Fortificaciones y residencias espectaculares se erigieron sobre cimientos hechos con pilas de troncos de madera y piedra de Istria. En la Venecia de Marco Polo, pocos edificios —a excepción de una enorme basílica bizantina y otras iglesias de gran tamaño— estaban perfectamente derechos; la mayoría de las estructuras parecían sobresalir inciertamente de la superficie del agua.

Marco Polo llegó a la edad adulta en una ciudad nocturna que se aproximaba al alba; era opaca, hermética y abundante en transgresiones y superstición. Incluso quienes habían pasado toda la vida en Venecia se desorientaban al vagar por los callejones sin salida cuyo aspecto pasaba, sin previo aviso, de ser familiar a resultar siniestro. Entre los estrechos corredores se oían murmullos de conspiración y risillas pícaras de origen indiscernible; tras las ventanas vacilaba discretamente la tenue luz de velas y antorchas. Por la noche, los canales exudaban unas telarañas de neblina que imponían

silencio y aislamiento, ahogaban la luz de los faroles situados en las calles y en ventanas que daban a las mansas ondulaciones del agua de los canales. Había ratas por todas partes; salían de los canales, correteaban por los muelles y las calles, mordisqueaban la frágil infraestructura de la ciudad y traían con ellas la peste bubónica.

Las angostas calles y callejones, en algunos casos apenas de mayor anchura que los hombros de una persona, serpenteaban de forma desconcertante hasta que, sin previo aviso, se abrían a la vasta amplitud del Gran Canal, que separaba una mitad de la ciudad de la otra antes de desembocar en la laguna y, más allá, en el mar Adriático.

En invierno, la ciudad celebraba el carnaval (que, literalmente, significa la «despedida de la carne» antes de Cuaresma) y, con él, llegaba la ocasión de organizar orgías al abrigo de elevados muros y gruesas cortinas. Entre la alegría y la sensualidad de la República corrían como la pólvora rumores de juego sucio. Para el asesinato, los venecianos preferían recurrir a métodos discretos como el envenenamiento o la estrangulación, y normalmente lograban quedar impunes.

En aquel incierto mundo, los venecianos del siglo XII podían estar seguros de pocas cosas. Doscientos años antes de Copérnico y trescientos antes de Galileo, la fe dictaba que el Sol giraba en torno a la Tierra, que las esferas celestiales eran perfectamente lisas, y que la Creación tuvo lugar exactamente 4.484 años antes de la fundación de Roma. Jerusalén estaba considerada como «el ombligo del mundo». En algún lugar se encontraban las entradas del cielo y el infierno.

Para la mayoría de la gente, el día se dividía en las horas de la oración: los maitines a medianoche, los laudes tres horas más tarde, la prima al alba, la tercia a media mañana, la sexta hacia mediodía, las vísperas al atardecer y, a la hora de acostarse, las completas. En la «edad de la fe», la mayor parte de la ciencia, aunque no toda, se reducía a disciplinas tan espurias como la alquimia (el arte de convertir en oro los denominados metales básicos) y la astrología, que iba de la mano de la astronomía.

Las fuentes energéticas disponibles eran el viento, el agua y los animales. En Europa occidental todavía no se utilizaba el carbón como combustible; aún faltaban doscientos años para que llegasen

el papel moneda y la imprenta. La tecnología más avanzada era la construcción de embarcaciones, que se consideraban una maravilla del transporte, si bien eran muy peligrosas.

A lo largo y ancho del continente europeo, viajar era una tarea lenta y arriesgada. Cruzar el canal de la Mancha era temible: quienes lo conseguían aseguraban que su salud se había resentido de ello. En tierra, la gente no se desplazaba más rápido de lo que pudiera ir un caballo; la velocidad típica era de entre 12 y 16 kilómetros al día, o, en circunstancias especiales, de 22 a 33 kilómetros al día durante breves períodos. La superstición hacía que quienes emprendían tales viajes buscaran refugio a la caída de la noche en posadas primitivas e infestadas de parásitos, en las que dos o tres viajeros compartían una sola cama. Para ir desde París hasta Venecia en carro hacían falta cinco penosas semanas.

Pero en Venecia las condiciones eran muy distintas. Venecia poseía una amplitud de miras desproporcionadamente grande para su exiguo tamaño y estaba entrando en el tramo final de la Edad Media, un período de expansión económica, logros culturales y declive de las barreras a las actividades comerciales. Viajar no era la excepción, sino la norma. Al parecer, en Venecia todos eran viajeros y mercaderes, o bien aspiraban a serlo. Desde la época romana, el poder político había estado repartido en toda Europa entre imperios desorganizados y siempre al borde del desmoronamiento, pero en este momento comenzaba a cristalizar en ciudades-Estado bien armadas y organizadas, como Venecia. El crecimiento del comercio entre ciudades-Estado europeas contribuyó a un rápido avance en el campo de las artes, la tecnología, la exploración y las finanzas. Aparecieron la brújula y el reloj, los molinos de agua y de viento, todos ellos vitales para el buen funcionamiento de las economías europeas, y se fundaron grandes universidades que continúan existiendo hoy en día. A consecuencia de todos estos progresos, Venecia comenzó a emerger, al igual que toda Europa tal y como hoy la conocemos.

Seductora, bizantina y acuática, Venecia fue uno de los centros comerciales y culturales más importantes de Europa en el siglo XIII, una ciudad-Estado floreciente en la que el comercio se entendía como una forma de vida. Su economía prosperó gracias a sus agre-

sivas fuerzas navales, que defendían la ciudad vigorosamente contra los reiterados ataques de los avariciosos genoveses y los piratas árabes. A diferencia de otras ciudades medievales, Venecia carecía de puertas y murallas. No eran necesarias. La laguna y los pantanos protegían a Venecia de las invasiones terrestres y marítimas.

Al ser el portal de las riquezas de Oriente, la ciudad incubó una sofisticada aristocracia mercante de la que formaba parte la familia Polo, que se hizo famosa por sus frecuentes viajes hacia el este, especialmente a Constantinopla, en busca de joyas, sedas y especias. Venecia estaba muy estructurada, tenía una naturaleza muy comercial y era ferozmente independiente, y se basaba en una combinación única de obligaciones feudales y perspectivas mundiales.

Como Venecia era muy compacta, al hallarse rodeada por una laguna y por sus enemigos, entre sus habitantes reinaba un fuerte sentimiento de causa común. «Al estar casi confinados en un espacio tan restringido —dice el historiador John Julius Norwich—, entre los venecianos surgió un espíritu único de cohesión y cooperación ... no sólo en momentos de crisis nacional, sino también, lo que resulta más impresionante todavía, en el manejo cotidiano de sus cosas. En la acaudalada aristocracia mercante de Venecia todos se conocían, y las estrechas relaciones daban lugar a una confianza mutua de un tipo que en otras ciudades raramente se extendía más allá del círculo familiar.»

En consecuencia, los venecianos se labraron fama de eficacia y de ser los mejores administradores de negocios de toda Europa. «Un proyecto comercial —dice Norwich—, aun si comportaba una provisión inicial de fondos inmensa, una duración de varios años y un riesgo considerable, podía organizarse en el Rialto en cuestión de horas. Podía adoptar la forma de una sencilla sociedad entre dos mercaderes, o la de una gran empresa del tipo necesario para financiar toda una flota o una caravana transasiática.» En cualquiera de los casos, según Norwich «se fundaría en la confianza, y sería inviolable».

En Venecia casi todo el mundo se dedicaba al comercio. Las viudas invertían en actividades de este tipo, y cualquier joven sin medios podía presentarse como mercader: sólo tenía que lanzarse

a hacer negocios. Aunque los riesgos eran elevados, la perspectiva de ingentes riquezas atraía a los intrépidos, los interesados y los insensatos. Se amasaban y se perdían fortunas de la noche a la mañana, y el patrimonio de una familia veneciana podía basarse en el éxito de una sola expedición comercial a Constantinopla.

Los mercaderes venecianos desarrollaron todo tipo de estrategias para lidiar con los caprichos de su modo de vida, el comercio mundial. En ausencia de tipos de cambio normalizados, el gran número de clases de monedas corrientes constituía una pesadilla de conversión de divisas. El Imperio bizantino utilizaba sus besantes; los territorios árabes, las dracmas; Florencia, los florines. Venecia se basaba en la proporción de oro y plata de una moneda para determinar su valor, e intentaba trabajar con todas las divisas. Mercaderes como los Polo procuraban sortear el laberinto del sistema monetario, con la confusión y la controversia que las monedas comportaban inevitablemente, trocando rubíes, zafiros y otras gemas, además de perlas.

Para cubrir estas necesidades financieras tan exóticas y sofisticadas, Venecia desarrolló el sistema bancario más avanzado de Europa occidental. Los bancos de depósitos del continente europeo se originaron aquí. En 1156 la República de Venecia fue el primer Estado desde la Antigüedad que emitió un préstamo público. También aprobó las primeras leyes bancarias de Europa para regular el nascente sector de la banca. Gracias a todas estas innovaciones, las prácticas de negocios de Venecia eran las más avanzadas de Europa.

Venecia adaptó los contratos romanos a las necesidades de los mercaderes que trataban con Oriente. Unos sofisticados instrumentos legales de préstamos e intercambios marinos estipulaban las obligaciones de armadores navales y mercaderes, e incluso ofrecían pólizas de seguros, que pasaron a ser obligatorias en Venecia a partir de 1253. El tipo de acuerdo más extendido entre mercaderes era la *commenda* o, en el dialecto veneciano, un contrato basado en modelos antiguos. Traducido libremente, este término significa «iniciativa comercial» y no reflejaba tanto un cuerpo consistente de principios legales como las costumbres predominantes en el comercio. Aunque estos convenios de los siglos XII y XIII puedan parecer anticuados, resultan sorprendentemente mo-

ernos por requerir una contabilidad muy precisa. Contratos como éstos reflejaban y configuraban una forma rudimentaria de capitalismo mucho antes de que éste naciese como concepto.

Para los venecianos, el mundo era asombrosamente moderno en otro sentido: era «plano», es decir, estaba conectado mundialmente a través de fronteras y confines naturales y artificiales. Veían el mundo como una red de oportunidades y rutas comerciales que evolucionaban sin cesar y se extendían por tierra y mar. Ya fuera en barco o en caravana, los mercaderes venecianos circulaban de un confín a otro de la Tierra en busca de especias, piedras preciosas y telas. Sus esfuerzos hicieron posible que desde África, Oriente Medio y Europa occidental desembocasen en Venecia a través de unas complejas rutas comerciales productos como minerales, sal, cera, fármacos, alcanfor, goma arábiga, mirra, sándalo, canela, nuez moscada, uva, higos, granadas, tejidos (especialmente seda), pieles, armas, marfil, lana, plumas de loro y de avestruz, perlas, hierro, cobre, oro molido, lingotes de oro y de plata y esclavos asiáticos.

A bordo de galeras extranjeras llegaban a la ciudad bienes aún más exóticos. Grandes columnas de mármol, pedestales, paneles y bloques se apilaban en los muelles, procedentes de algún templo en ruinas o de un edificio público de Constantinopla o de otras ciudades griegas o egipcias. Estos restos de la Antigüedad, auténticas lápidas de civilizaciones muertas o moribundas, terminaban apareciendo en una oscura esquina de la *piazza* San Marcos o en la fachada del ostentoso *palazzo* de algún duque o mercader acaudalado de Venecia.

La variedad de género hizo que Shakespeare pusiera en boca de Antonio, el personaje de *El mercader de Venecia*, que «el comercio y las ganancias de la ciudad / se compone de todas las naciones». El comercio veneciano era sinónimo de globalización, otro concepto embrionario en la época. Para llegar más lejos, los venecianos se asociaron con gobiernos y mercaderes remotos sin tener en cuenta divisiones raciales o religiosas. Árabes, judíos, turcos, griegos y, con el tiempo, mongoles fueron socios comerciales de Venecia incluso en momentos en que parecieran estar enfrentados políticamente. Los Polo no fueron los primeros mercaderes que

viajaron desde Venecia a Asia, pero gracias a los logros de Marco Polo fueron los más célebres.

Allá adonde fueran los venecianos, hacían oír el dialecto y el acento que los caracterizaba: el *veneto*. Esta variedad lingüística procedía, al igual que todas las demás lenguas románicas, del latín, e incorporaba palabras, sintaxis y pronunciación tomadas de otros idiomas, como la *z* pronunciada a la forma española y otros elementos del alemán o el croata. Incluso había un poco de francés en la mezcla. En el *veneto* abundaban las *x* y las *z*, pero casi no había *l*. Lord Byron, que aseguraba haber conocido carnalmente a doscientas mujeres en Venecia en el curso de otras tantas noches consecutivas, calificó el *veneto* de «latín dulce y bastardo». Para complicar las cosas aún más, el *veneto* existía en muchas variantes. Los Polo de Venecia habrían tenido que esforzarse mucho para comprender el dialecto que hablaban los habitantes de otras ciudades de la región como Padua, Treviso o Verona.

Algunas palabras distintivas del mundo de Marco Polo han sido exportadas desde el *veneto* a otras lenguas. Los venecianos de la época de Marco Polo se saludaban diciéndose *ciao* o, para ser más exactos, *sciavo* o *sciavo vostro*, que literalmente significa «soy vuestro esclavo» y llegó al dialecto veneciano desde el croata. *Góndola* es también un vocablo veneciano, aunque no se sabe con certeza cuándo comenzaron a utilizarse estas embarcaciones negras, largas y elegantes. Es probable que, en los tiempos de Marco Polo, por los sinuosos canales de la ciudad se codeasen todo tipo de naves pequeñas propulsadas a remo o a vela, e incluso galeras.

La palabra *arsenal*, el lugar en el que se fabrican y almacenan las armas, llegó al habla veneciana a través del término árabe *dar al sina'ah*, que significa «taller». Cuando los europeos de la época de Marco Polo empleaban esta palabra, se referían al famoso astillero naval de Venecia: el Arsenal, donde funcionaba una primitiva línea de ensamblaje en serie dedicada a crear galeras a una velocidad febril a partir de componentes prefabricados estándar tales como quillas y mástiles. Un visitante español llamado Pedro Tafur describió la compleja coreografía de la que se componía el lanzamiento de las embarcaciones: «Salía una galera remolcada por una embarcación, y por las sucesivas ventanas se iba introdu-

ciendo todo lo necesario: por una los cordajes, por otra el pan, por otra las armas, por otra las ballestas y morteros. Cuando la galera llegaba al final del canal, todos los hombres necesarios ya estaban a bordo con la dotación de remos, y la nave estaba equipada desde la proa hasta la popa».

Tafur contó el lanzamiento de diez galeras «totalmente armadas» en el transcurso de seis horas: un buque de guerra nuevo cada 36 minutos. No es extraño que toda Europa admirase la velocidad a la que el Arsenal de Venecia podía convertir un casco vacío en una embarcación totalmente equipada. Y los capitanes podían pedir la galera del color que quisieran, aunque el Arsenal sólo las pintaba de negro.

El éxito de Venecia se debía, en parte, a su resuelto sentido del civismo y del destino espiritual. La mitología veneciana era poderosa e indicativa. El patrón de la ciudad era san Marcos. En 828 un grupo de mercaderes venecianos conspiró para hurtar el cuerpo de san Marcos de su sepultura, en Alejandría, y entregarlo triunfantemente al dogo de Venecia.

Para justificar su acto, los mercaderes idearon la explicación de que iban a preservar el cuerpo de los planes malignos de los musulmanes, y urdieron una historia cautivadora, aunque apócrifa, según la cual Marcos se topó con una tormenta en aguas del Adriático que impulsó a su barco a la laguna sobre la que después se alzaría Venecia, y el barco fue a parar por la noche al punto exacto en el que posteriormente se erigiría el palacio del Dogo. Para redondear la historia, un ángel se apareció supuestamente a Marcos en sueños y le murmuró las reconfortantes palabras «Descansa aquí». Al cabo del tiempo, aquellas palabras pasaron a significar que Marcos estaría a salvo de la tempestad en la laguna y que estaba destinado a quedarse —¿dónde si no?— en Venecia. El transporte de los restos de Marcos a Venecia se convirtió tal vez en el robo más prominente de una reliquia en la historia del cristianismo.

El cuerpo de Marcos permaneció en Venecia hasta pasados los tiempos de Marco Polo, en la capilla privada del dogo. La residencia del dogo era el único edificio de Venecia conocido como un palacio; todas las demás construcciones, por muy grandes que fueran o muy bien situadas que estuvieran, incluso las que hay al borde del

Gran Canal, se conocían en dialecto veneciano como *casa*, palabra que normalmente se abreviaba a «Ca'». Así, la morada de los Polo era conocida, y lo sigue siendo a día de hoy, como la Ca' Polo.

Venecia era una oligarquía gobernada por las 150 familias que formaban la aristocracia mercante. Menos del 1 por 100 de la población controlaba el destino del 99 por 100 restante. Ocasionalmente, una familia conseguía introducirse en esta fraternidad tan exclusiva y sus miembros se convertían en nuevos aristócratas, pero esa práctica terminó en 1297. El Consejo de Venecia permitía a la clase media de la ciudad la formación de cofradías para promover el comercio. Estas escuelas y asociaciones formaban a obreros y artesanos y ayudaban a los pobres, e incluso financiaban hospitales. Es posible que los Polo fueran miembros de una o más cofradías para cuidar de sus intereses comerciales. Eran reconocidos como mercaderes prósperos, pero no como líderes comunitarios. Parece improbable que la ciudad los hubiera llegado a recordar si no fuera por los fantásticos logros de Marco Polo y sus ansias por promocionarse.

Doge es una palabra veneciana que expresa un concepto muy veneciano. Procede del latín *dux*, que significa «líder». Los primeros dogos fueron jefes militares designados por el emperador bizantino. Cuando Venecia comenzó a salir de las sombras, la ciudad precisó su propio dirigente y el concepto de dogo quedó institucionalizado en el lugar.

El dogo secular mantenía una conexión cercana con el santo importado y tenía la obligación de defender la reliquia santa que tenía a su cargo. A cambio, se creía que san Marcos ofrecía a Venecia su bendición y su protección. La extraña naturaleza del acuerdo garantizaba que Venecia conservaría un espíritu cristiano occidental y que no se pondría del lado de las sectas orientales, cuyos santos ocupaban un lugar inferior al de Marcos en el panteón veneciano. Desde entonces, san Marcos y el dogo compartieron el control del sino de Venecia.

La combinación del poder secular del dogo y de la autoridad espiritual de Marcos revestía a la República de cierta noción de destino político, un destino secular, a pesar de todo.

El dogo era una figura mística y rara vez expuesta a las miradas del público. Presidía la larga y mística relación de Venecia con el

mar, que a menudo se presentaba como un matrimonio. Los venecianos llevaron esta idea a tal extremo que cada primavera el dogo lanzaba un anillo de oro a las aguas del Adriático en una ceremonia concebida para renovar la asociación, al mismo tiempo que firmaba su contrato de protección mutua con Marcos.

El culto del dogo recibía su afirmación cada año el día de la Ascensión, la fiesta más importante del calendario veneciano. Esta fecha marcaba la ocupación veneciana de Dalmacia el año 1000 bajo el mando del dogo Pietro Orseolo II. A partir de entonces, toda Venecia —dogo, ciudadanos y clero— recordaría dicho acontecimiento bendiciendo el mar Adriático. Los venecianos eran adictos a los festivales de color y espectáculos, y no había ninguno más importante que el rito del día de la Ascensión.

La ceremonia comenzaba cuando unos dignatarios subían provistos de agua, sal y ramas de olivo —todo ello bendecido para la ocasión— a un convoy de galeras conocido como *mude*. Más adelante, se sumaba a ellos el dogo, montado en una barcaza ornamentada. De camino hacia el Lido, los religiosos cantaban mientras un obispo rogaba a Dios que les diera «acogida en este mar».

Esta ceremonia evolucionó hasta convertirse en el Sposalizio del Mare, un matrimonio simbólico entre el dogo y el Adriático, y se volvió aún más intrincada y reveladora sobre la mentalidad veneciana. En 1177 el papa Alejandro III llegó a regalar un anillo al dogo y decirle: «Recibid este anillo como garantía de la soberanía que vos y vuestros sucesores tendréis a perpetuidad sobre el mar». Alzándose de su trono con una floritura, el dogo lanzó el anillo consagrado al Adriático entonando: «Contigo nos casamos, oh mar, en muestra del dominio perpetuo y verdadero de la Serenísima República de Venecia».

Tras asistir a misa, el dogo ofrecía un sofisticado banquete a los dignatarios civiles y religiosos. La *piazza* San Marcos era el escenario de un festín de comida y bebida ininterrumpido durante ocho días, que culminaba en una feria comercial famosa en toda Europa por ofrecer productos que llegaban a Venecia desde los confines del mundo. Incluso la Iglesia participaba en las festividades y ofrecía indulgencias a todos los asistentes.

En 1268, cuando Marco tenía 14 años, la celebración de investidura del nuevo dogo Lorenzo Tiepolo superó incluso al rito anual del matrimonio con el mar.

La ceremonia comenzaba con gracia cuando el dogo se reunió formalmente con todos sus enemigos políticos y personales para establecer una nueva atmósfera de confianza y buena voluntad.

Con la conclusión de esta ceremonia privada, el capitán de la flota de la República encabezaba la procesión de naves ante el palacio del Dogo mientras oraba por éste y por Venecia, hasta terminar con las palabras «¡Que san Marcos os asista!». Las galeras se dispersaban por los canales de la ciudad, seguidas por embarcaciones de todo tipo procedentes de las islas de los alrededores.

Posteriormente el espectáculo se trasladó a tierra firme, donde las cofradías desfilaban por las angostas calles de Venecia en fila de a dos, cada cofradía con los resplandecientes uniformes que representaban su oficio, ante el nuevo dogo y su esposa, la *dogaressa*. Había marineros ataviados de blanco con estrellas rojas; peleteros distinguidos por sus capas con remates de armiño; obreros textiles con ramas y coronas de olivo; maestros de artesanías con ropajes dorados y púrpura; incluso especialistas en acolchados, con capas ornamentadas con flores de lis y guirnaldas de cuentas sobre la cabeza; zapateros, barberos, sopladores de cristal con capas escarlata con remates de piel: toda la riqueza y las mejores galas de Venecia se ponían a la vista.

Por debajo de las celebraciones, en Venecia la vida podía ser cruel. Se trataba como objetos a las mujeres, que estaban consideradas como ciudadanos de segunda clase. La esclavitud era común, especialmente la posesión (y el abuso) de esclavas para prestar servicios sexuales a sus propietarios, estuvieran casados o no. Costumbres sociales muy arraigadas reforzaban la condición inferior de las mujeres. Era popular ofrecer el siguiente consejo a los venecianos que fueran a casarse: «El marido no debe guiarse por el consejo de su esposa, que carece de buen juicio porque su constitución no es ni buena ni fuerte, sino mala y débil».

Pero entre todo este sombrío panorama social, la casa de los Polo, con su complemento de esclavos e hijos ilegítimos, era esta-

ble y segura, y se mantenía relativamente libre de escándalos en una ciudad que era muy propensa a ellos.

Menos de doscientos años después de que la llegada del cuerpo de san Marcos consagrara a Venecia, la República ya estaba bien encaminada a conquistar el Adriático y las regiones circundantes.

Las flotas venecianas aprendieron a enfrentarse a las tentativas de invasión, como la cometida por los normandos al mando de Robert Guiscard, cuya armada amenazaba con obstruir el acceso de los venecianos al Mediterráneo. En un feroz enfrentamiento contra las naves de Guiscard en el Adriático, frente a la ciudad albana de Durazzo, los bajeles venecianos se juntaron para formar una isla flotante que tapase la entrada al puerto. Cuando se acercaban naves enemigas, los marinos venecianos les lanzaban unos torpedos primitivos en forma de troncos desde unos botes suspendidos de la «isla» flotante; de esta forma consiguieron hundir o dañar gravemente las embarcaciones adversarias. No obstante, los normandos acabaron conquistando Durazzo, pero los mercaderes y buques de guerra venecianos siguieron navegando por el Mediterráneo en busca de ganancias. Quizás en ninguna otra ciudad-Estado el ejercicio del comercio era tan cercano a la práctica de la guerra como en Venecia, donde ambas actividades eran prácticamente sinónimas. La República vivía en un estado de guerra casi continuo, a veces en forma de una lejana guerra de guerrillas, a veces en una guerra fría pensada para disuadir a los rivales, y a veces en furibundas batallas contra enemigos determinados. Venecia no siempre ganaba, pero de los soldados y marinos de la ciudad se esperaba que luchasen por sus empresas comerciales.

Ninguna otra ciudad-Estado igualaba a Venecia en habilidad y arrojo en el mar. La República era famosa por sus mercaderes, pero también era temida por sus implacables guerreros navales. En su momento, Marco Polo iba a tener la oportunidad de desempeñar ambos papeles: el de comerciante en época de paz y el de comandante en tiempos de guerra.

En 1204 Venecia celebró una gran victoria: la captura de Constantinopla por un combinado de fuerzas europeas en el punto álgido de la cuarta cruzada.

El triunfo del cristianismo no parecía asegurado en la época de Marco Polo. La Iglesia de Roma luchaba por su lugar en el mundo contra una variedad de enemigos: el islam, los mongoles, la Iglesia griega ortodoxa, incluso ella misma. La «edad de la fe» fue también una época de peligros, agitación y guerra.

Las cruzadas nacieron con un objetivo sencillo: hacer posible que los cristianos continuasen peregrinando al Santo Sepulcro, la tumba de Jerusalén en la que se creía que descansaba el cuerpo de Jesucristo crucificado. Los peregrinos llevaban visitando el más sagrado de los templos cristianos desde, como mínimo, el siglo VIII. Pero las cosas cambiaron drásticamente en 1009 cuando Hakim, el califa fatimida de El Cairo, ordenó la destrucción del Santo Sepulcro. Después, es probable que los desafortunados cristianos y judíos que se encontraban en Jerusalén fueran perseguidos y el barrio cristiano de la ciudad quedó rodeado por un alto muro que controlaba los accesos. En un plazo de cinco años se quemaron y saquearon miles de iglesias.

La violencia no hizo más que intensificar el deseo de los cristianos por peregrinar a Jerusalén, y la Iglesia emprendió una serie de cruzadas, ocho en total, con el objetivo de librar de los opresores musulmanes los lugares sagrados para el cristianismo. Concebidas como guerras religiosas contra un islam repentinamente pujante, las cruzadas no tardaron en degenerar en una serie de batallas políticas y militares. Para la breve cuarta cruzada (1202-1204), el papado ya estaba perdiendo el control sobre aquellas contiendas, al tiempo que los dirigentes seculares de toda Europa ganaban poder e influencia. Finalmente, algunos monarcas lanzaron unilateralmente sus propias cruzadas.

El plan original de la cuarta cruzada era simple: el papa Inocencio III y el predicador Foulques de Neuilly-sur-Marne propusieron conquistar a los guerreros musulmanes. Los cruzados planearon llegar a conquistar Jerusalén pasando por Egipto, y querían el apoyo de Venecia.

Los venecianos, fieles a sus objetivos comerciales, se habían mantenido al margen de las cruzadas. Pero en este caso las autoridades venecianas vieron la posibilidad de ganar dinero en aquella guerra religiosa. Desde su punto de vista, era una campaña militar con ob-

jetivos políticos y financieros, y aquello era algo que los venecianos podían entender y apoyar. Tras una minuciosa negociación que duró ocho días, la República aceptó suministrar 35.000 caballeros, escuderos y soldados de infantería, 4.500 caballos, barcos construidos especialmente para la ocasión, y provisiones: todo a un jugoso precio. La idea de sumar el poderío naval veneciano a su causa resultó irresistible para los impulsores franceses de la cruzada, fuera cual fuera el precio; pero después los pagos tardaron en llegar, y por este motivo miles de aspirantes a cruzados se congregaron en las afueras de Venecia, en lo que hoy es el Lido, a la espera de órdenes, con juegos de azar y prostitutas como toda distracción.

A la vista de que Francia no podría cumplir su parte del trato, los representantes de Venecia propusieron un nuevo acuerdo; perdonarían la deuda si los cruzados en paro les ayudaban a lograr un objetivo ligeramente distinto: someter a Zara, la ciudad rebelde del Adriático. Los franceses aceptaron, Zara cayó y ambos bandos se repartieron el botín a partes iguales. Este acuerdo culminó la transformación de la cruzada de una campaña religiosa a una empresa comercial.

Luego los cruzados navegaron, envalentonados, hacia Constantinopla, la capital del Imperio de Bizancio, sucesor de la parte oriental del Imperio romano. Bautizada en honor al emperador romano Constantino el Grande, que gobernó durante el siglo IV, Constantinopla era una ciudad multiconfesional, aunque con predominio del cristianismo ortodoxo. En la mentalidad de los cruzados, la Iglesia ortodoxa era casi tan enemiga como el islam, y por lo tanto se merecía venganza. Cualquier justificación resultaba válida, por poco plausible que fuera, porque Constantinopla era una presa extremadamente rica y vulnerable.

Constantinopla no se vanagloriaba de su poderío militar sino de sus bibliotecas, sus obras de arte y unos monumentos públicos de una escala muy superior a los que había en Europa occidental. El estilo arquitectónico de buena parte de la ciudad se basaba en los principios romanos: arcos, columnas y ornamentos romanos, junto con elementos orientales, formaban la base de la arquitectura bizantina. Su población era inmensa: un millón de habitantes, más de diez veces Venecia. Y la ciudad estaba a punto de caramelo.

El saqueo de Constantinopla se prolongó durante tres días de muerte y destrucción en abril de 1204. Religiosos y seculares, mujeres, niños..., todos cayeron bajo la espada de los cruzados. Cuando quedó atrás lo peor de la violencia, las multitudes se abalanzaron sobre las iglesias, echaron abajo altares y robaron cálices sagrados. Soldados embriagados hurtaron hábitos sacerdotales para cubrir a sus caballos. Una prostituta ebria bailó sobre el trono del patriarca mientras entonaba canciones obscenas. Se arrasaron y saquearon tumbas y estatuas que databan de la Antigüedad. Posteriormente, muchas de las obras de arte, manuscritos y objetos religiosos de la ciudad se trasladaron furtivamente a la relativa seguridad de otros pueblos, ciudades y monasterios. Aun después de que se marchasen los cruzados, los saqueos continuaron durante años.

Los venecianos eran excelentes desvalijadores; sabían reconocer cuáles eran los mejores objetos religiosos, las gemas más valiosas, las estatuas más importantes. Como símbolo visible de conquista, se llevaron cuatro caballos de bronce de Constantinopla para adornar la fachada de la basílica de San Marcos; representaban el botín más exquisito del imperio, un tesoro robado más que pasó a residir en Venecia.

Los mejores artesanos de Constantinopla se encaminaron también a Venecia. Legiones de sopladores de vidrio, orfebres de oro y plata, iconógrafos, artistas y escultores acudieron a la República, donde practicaron artes y oficios que con el tiempo acabaron siendo sinónimos de su ciudad adoptiva y no de su patria original.

El papa Inocencio III se declaró horrorizado cuando llegaron a sus oídos las noticias del saqueo de Constantinopla y de las atrocidades perpetradas en el nombre del cristianismo. Excomulgó a multitudes de cruzados sin darse cuenta de que habían sido absueltos de sus crímenes de antemano, y de que su reacción podía debilitar al papado a los ojos de determinados adversarios. Al comprenderlo, guardó silencio y se mantuvo al margen mientras las riquezas de Constantinopla se instalaban en iglesias y catedrales católicas.

La Iglesia ortodoxa jamás perdonó a Venecia su participación en el saqueo, y Constantinopla nunca recuperó totalmente su gloria pasada. La conquista invirtió el equilibrio de poder y puso

grandes partes del imperio bajo control veneciano. Constantinopla volvió a ser un centro comercial importante, una puerta hacia Oriente para Marco Polo y otros mercaderes, pero había perdido su coherencia y su lustre y, con una población compuesta por griegos, venecianos, egipcios y turcos, entre otros, pasó a ser más notable por su desorganización que por su esplendor.

En comparación, Venecia presentaba un frente unificado ante el mundo, una sociedad dominada por un puñado de familias poderosas. Los antecesores de Marco Polo, aunque eran razonablemente prominentes, distaban de ser el clan más acaudalado o el más noble de la República. Tal honor correspondía a los Zeno, Querini y Dandolo, de entre quienes salían los dogos que gobernaban la ciudad-Estado y los almirantes que la defendían. En esta sociedad tan estratificada, los Polo se situaban varios grados por debajo de los dirigentes de la comunidad. Eran una familia respetada, pero se encontraban en deuda con los gobernantes de Venecia por su prosperidad.

Aunque no existe un acuerdo total sobre los orígenes de la familia, una tradición sugiere que los Polo emigraron desde la ciudad dalmata de Sebenico a la laguna de Venecia en 1033. En distintos momentos, Sebenico fue gobernada por húngaros y croatas, y posteriormente formaría parte del Imperio veneciano. Otra tradición sostiene que Marco Polo nació en Curzola, la isla en la que más adelante le capturarían los genoveses, mientras que una tercera tradición asegura que los Polo estaban instalados en la laguna veneciana antes de todo esto. Fuera cuales fueran sus orígenes, Marco tenía un pie en las civilizaciones de la Antigüedad y otro en el Renacimiento que comenzaba a emerger en toda Europa.

El apellido Polo, derivado del latín Paulus en la lengua vernácula veneciana, aparece con frecuencia en los registros civiles desde el año 971, cuando un veneciano llamado Domenico Polo firmó una solicitud para prohibir el comercio con árabes; menciones posteriores muestran que diversos Polo poseyeron tierra y minas de sal, y que actuaron como jueces en distintos lugares del territorio. Esta actividad sugiere que los antepasados de Marco Polo vivían a caballo entre Venecia y Dalmacia, su satélite perpetuamente asediado.

Las ambiciones comerciales de la familia Polo abrieron una sucursal en Constantinopla. En 1168, cuando el Imperio bizantino pasaba por su apogeo, los registros indican que el tío abuelo de Marco Polo, que tenía el mismo nombre que éste, tomó dinero prestado y fue capitán de un barco en Constantinopla, igual que el otro Marco haría más tarde en la batalla de Curzola.

Otros miembros de la familia Polo continuaron la búsqueda de honores y riquezas en Venecia. El abuelo de Marco Polo, Andrea Polo, de la parroquia de San Felice, tuvo tres hijos: Maffeo, otro Marco y Niccolò, el padre del viajero. Probablemente se contaban entre la nobleza de Venecia, aunque no pertenecieran a la élite. En los archivos venecianos el joven Marco consta como *nobilis vir*, un hombre noble. Marco Polo otorgaba mucha importancia a este título y se consideraba miembro de la nobleza, poseedor de un rango que le confería estatus allá adonde fuera. En su pensamiento, el título de noble veneciano era su pasaporte al mundo. Siempre actuó en el convencimiento de que ser de cuna noble le protegería de los ladrones y los rufianes que se nutrían de los meros mortales. Por muy lejos que se aventurara de su hogar, se aseguraba de que sus anfitriones, por extraños o por augustos que fueran, comprendiesen que él era un noble veneciano y esperaba recibir el tratamiento correspondiente.

El padre de Marco Polo, Niccolò, y su tío Maffeo llevaban un negocio familiar próspero y bien organizado en Venecia. En 1253, ambos hermanos se marcharon de casa en un viaje largo de comercio hacia el este. Es posible que Niccolò no supiera que la esposa que dejaba atrás estaba embarazada; al año siguiente, 1254, nació Marco Polo.

En el momento del alumbramiento, el padre y el tío del recién nacido estaban en Constantinopla, ciudad que había dejado muy atrás sus días de esplendor, pero que aún se hallaba bajo el control veneciano impuesto tras el saqueo de 1204. El viaje de una ciudad comercial a otra podría parecer cuestión de rutina, pero en aquellos tiempos era sumamente arriesgado. La República de Venecia se encargaba de fletar y equipar los barcos. Los pasajeros llevaban sus propios lechos, sábanas, mantas, agua y galletas. Y tenían que estar preparados para soportar los rigores del com-

bate. Las naves podían enfrentarse a cualquier enemigo que pudiera atacarlas, y los pasajeros tenían que participar en el conflicto.

Incluso un viaje pacífico resultaba de lo más desagradable, incómodo y peligroso. Los barcos, húmedos y abarrotados, hedían a alimentos podridos y a desechos humanos. Había multitud de parásitos, y pasajeros como los Polo tenían que convivir con cucarachas, piojos y ratas. Tras un mes o más de aguantar todo aquello, además del insomnio y el mareo de alta mar, los dos hermanos Polo llegaron a Constantinopla sanos y salvos. Como no tenían prisa por asumir el riesgo de otra travesía horrorosa, permanecieron allí durante seis años, administrando una sucursal de su pequeño imperio, y comerciando con mercaderes de todo el planeta, especialmente de Oriente.

Durante su estancia, las deudas de Constantinopla empeoraron más que nunca. Balduino II, el último de la estirpe de emperadores latinos, se vio forzado a vender reliquias de valor incalculable a Venecia para liquidar deudas y mantener su inestable poder. Las cosas se pusieron tan mal que comprometió una reliquia que, supuestamente, era la corona de espinas de Jesús, a banqueros venecianos como garantía por sus préstamos. Incluso entregó a su hijo en prenda a los venecianos. Finalmente el rey Luis IX de Francia acudió en ayuda de Balduino, mientras un rival descendiente del anterior emperador griego de la ciudad, Miguel VIII Paleólogo, firmaba un pacto con Génova para arrancar Constantinopla de las manos de Venecia. El precario clima político provocó disturbios callejeros entre venecianos, genoveses, griegos y otros grupos que convivían inestablemente desde la caída de la ciudad.

Niccolò y Maffeo Polo decidieron huir de la insegura ciudad hacia Soldaia (hoy conocida como Sudak), donde la familia Polo tenía también una sede. Este enclave era una ciudad muy fortificada de la península de Crimea con unas vistas espectaculares sobre el mar Negro (nombre que, por cierto, era nuevo en la época de los Polo; hasta entonces, este inmenso mar del corazón del continente era conocido por todos los que surcaban sus aguas como «el Mar»). Lo poco que se sabe del tiempo que los hermanos Polo pasaron en Soldaia sugiere que no prosperaron.

Los relatos antiguos aseguran que los hermanos tan sólo querían regresar a Venecia, pero el trayecto era demasiado inseguro. Por tierra, los caminos estaban infestados de ladrones homicidas; por mar, los piratas mandaban a pique a toda embarcación que atisbaban. Dadas aquellas condiciones tan disuasorias, los hermanos Polo iban a tardar en volver a Venecia.

Las condiciones de viaje y de comercio hacia Levante eran mejores, gracias a una causa de lo más inesperada: los mongoles, que habían conquistado violentamente la mayor parte de Asia y una porción significativa de Europa, hasta la orilla oriental del Danubio. A veces se llamaba «tártaros» a los mongoles, pero en realidad los tártaros eran tan sólo una de las tribus que pertenecían al Imperio mongol. Los rusos utilizaron este nombre originalmente para describir a los mongoles y a otros invasores de Oriente, y los europeos siguieron esta misma práctica.

Se los llamara como se los llamara, los mongoles estaban considerados como engendros del maligno, uno de los pueblos más anárquicos, violentos y pecaminosos sobre la faz de la Tierra. En 1260, el papa Alejandro IV publicó la bula *Clamat in auribus* (título en latín tomado de las primeras palabras del texto) para advertir a la cristiandad de la amenaza de los mongoles: «Suena en los oídos de todos, y alerta a todos los que no estén abotargados en un letargo mental, una terrible trompeta de sombría advertencia que, corroborada por la evidencia de los hechos, proclama con sonido inconfundible las guerras de destrucción universal en las que el azote de las iras del cielo viene en manos de los tártaros inhumanos, y estalla como si procediera de los confines secretos del infierno, oprimiendo y aplastando la tierra». El papa condenaba al Imperio mongol como un «peligro inminente que se aproxima palpablemente».

Mientras el papa estaba ocupado denunciando la amenaza de los mongoles, el objeto de sus furias se había transformado. La búsqueda de Genghis Khan de un Imperio mongol que se expandiera sin cesar había dado paso a un régimen relativamente estable bajo el mando de su brillante nieto Kublai Khan. «Kublai no era un bárbaro», observa el historiador veneciano Alvise Zorzi, sino «un monarca que se fijaba criterios elevados de gobierno,

consagrado a aprender y aplicar los medios más eficaces para este fin», lo que implicaba que «buscaba siempre mejores formas de gobernar y aplicar presiones espirituales que sirviesen mejor que la fuerza para mantener la autoridad».

El arma más poderosa de Kublai no era el sable ni la lanza, el fuego o el veneno, sino el comercio con el mundo que se hallaba allende las fronteras de su imperio. En efecto, los mongoles precisaban productos y tecnologías europeas, persas y árabes para sobrevivir en el nuevo orden mundial que habían impuesto. A tal efecto, reabrieron una serie de rutas comerciales que mucho tiempo más tarde —en el siglo XIX— recibieron el nombre de «ruta de la Seda». Estas sendas vehiculaban todo tipo de bienes —piedras preciosas, telas, especias, metales preciosos, armas—, así como ideas y religiones. La utilizaban monjes budistas y misioneros cristianos, además de mercaderes venecianos, genoveses, árabes y judíos.

Para hacer posible este intercambio de ideas y productos, Kublai Khan impuso en sus dominios una Pax Mongolica, para lo que tuvo que poner en práctica una dura opresión. Para Zorzi, la Pax Mongolica era una «paz de ruinas humeantes». Pero una consecuencia directa de la tiranía del Khan fue la seguridad para comerciar a través de la ruta de la Seda. Ésta llegó hasta tal punto que un comerciante aseguró que «una joven podría haber viajado con una bandeja de oro sobre la cabeza sin temor alguno». Y la seguridad era suficiente para que mercaderes como los Polo viajaran por su interminable extensión hasta el corazón de Asia y del Imperio mongol.

Los venecianos y los mongoles habían hecho «plano» el mundo; los primeros en el plano marino con sus viajes náuticos, y los segundos por tierra, al resucitar la ruta de la Seda. Y en un mundo plano e interactivo, los productos y las ideas se combinaban de formas sorprendentes, y los imperios florecían.

Niccolò y Maffèo Polo viajaron al este por una variante septentrional de la ruta de la Seda, adentrándose más y más en el Imperio mongol. En su libro, Marco ofrece detalles muy escasos sobre el viaje de su padre y su tío, pero es probable que fueran a caballo y en carro.

Al atravesar el actual territorio de Irak, explica Marco, su padre y su tío entraron en el reino de Barka Khan, otro de los numerosos

nietos de Genghis Khan, «que tenía fama de ser uno de los príncipes más liberales y civilizados de las tribus del Imperio mongol». A veces conocido como el Khan Occidental, Barka los recibió con «grandes honores», a los que correspondieron. «Los dos hermanos le regalaron, a la vista de que le complacían, todas las joyas que llevaban con ellos desde Constantinopla», dice Marco. Determinado a no dejarse superar en generosidad por sus visitantes, Barka «ordenó que se les pagara el doble del valor de las joyas», junto con «generosos presentes». Los mercaderes de Venecia habían encontrado un refugio seguro en el Imperio mongol.

En el reino de Barka, es probable que los hermanos Polo se dedicaran a su objetivo principal: utilizar sus existencias de joyas, monedas y telas preciosas para enriquecerse a base de comerciar con otros mercaderes. Podría comparárselos con un bazar ambulante, preparado para tratar con cualquier producto que pudiera generar ganancias. Marco señala a menudo los diferentes tipos de tejidos que se mercaban —muselina, damasco y, por supuesto, seda—, y es razonable suponer que con estos productos su padre y su tío hiciesen abundantes negocios con otros mercaderes musulmanes, judíos y europeos (especialmente genoveses, que estaban más extendidos por Asia que los venecianos). Tal vez traficaran con esclavos de forma muy limitada y regresaran a Venecia con un sirviente árabe ligado por un contrato de trabajo.

Al cabo de un año, los hermanos decidieron dejar de disfrutar de la hospitalidad mongola y quisieron regresar a casa, pero Barka se había enzarzado en una guerra civil con otro nieto de Genghis Khan, Hulegu, que gobernaba los territorios orientales. «En una batalla feroz y sangrienta —explica Marco—, Hulegu se alzó con la victoria, y a consecuencia de ello las carreteras dejaron de ser seguras y los hermanos no pudieron regresar por donde habían llegado.» Les dijeron que la mejor forma de llegar a Constantinopla en tiempos de guerra pasaba por «circundar los lindes del territorio de Barka»; siguiendo este consejo, sufrieron penurias considerables. Llegaron a un desierto «cuya extensión era un viaje de diecisiete días, a lo largo de los cuales no encontraron ninguna ciudad, castillo ni edificio importante, sino solamente mongoles que vivían en tiendas con sus rebaños en la llanura».

Durante el viaje, se familiarizaron con las *gers*, las tiendas redondas de fieltro en las que habitaban los mongoles, y con el *koumiss*, la leche fermentada de yegua que bebían. El *koumiss* tiene un sabor fuerte y agrio, y al principio los hermanos se resistieron a consumirlo. Cuando finalmente se prestaron a beberlo, el mongol que se lo había ofrecido les tiró de las orejas bruscamente para asegurarse de que lo habían deglutido. Con el mismo ánimo de aclimatarse, los hermanos aprendieron a adaptarse a la aversión de los mongoles a bañarse. Es cierto que los venecianos de aquella época se bañaban raramente, pero la animosidad de los mongoles contra el agua, combinada con su proximidad con los animales, hacía que sus olores y sus personas resultasen extremadamente repugnantes para los occidentales que se aventuraban entre ellos. Con el tiempo, los Polo dominaron su repulsión y comenzaron a sentirse cómodos con sus bragados anfitriones. Y lo más importante: aprendieron a conversar con los mongoles, hecho que, más que ninguna cantidad de *koumiss* que pudieran beber, estableció un vínculo entre los mercaderes y sus anfitriones.

Los hermanos Polo avanzaron hasta Bujará, situada en el actual Uzbekistán y capital de varios imperios entre el siglo IX y el XIII. La expedición de los Polo juzgó hospitalaria esta ciudad y su variada población; hacía tiempo que aquella localidad era una encrucijada para comerciantes de Oriente y Occidente que trataban en seda, porcelana, especias, marfil y alfombras. Pero más allá de las murallas de Bujará reinaba el caos. Las refriegas entre distintas tribus hacían impracticables las variantes locales de la ruta de la Seda, y los Polo descubrieron, desconcertados, que no podrían llegar a Venecia a corto plazo. Marco comenta lacónicamente: «Al ser imposible seguir avanzando, se quedaron allí tres años». El retraso marcó una diferencia determinante en su fortuna.

Durante su prolongada estancia en Bujará, Niccolò y Maffeo conocieron a «una persona de importancia y dotada de grandes talentos». Se trataba de un embajador de Hulegu que viajaba hacia el este para visitar a Kublai Khan, «el jefe supremo de todos los mongoles, que vivía en el otro extremo del continente». Si los hermanos Polo eran hábiles en sus negociaciones, el embajador podría abrirles las puertas a todo el Imperio mongol.